

Cuando esta noche sea Nuestra

El papel aún está en blanco. Pero poco a poco, en la penumbra roja del laboratorio-fotográfico, bajo el líquido revelador que hago ondular zarandeando la cubeta como un buscador de oro su tamiz, veo aparecer la imagen que anunció el archivo: Campamento del cacique Manuel Namuncurá, poco después de su rendición. Hacia 1886.

Las tolderías. El desierto liso, sin rasgos, sin sorpresas. El viento en las nubes alargadas, en el humo inclinado de una hoguera y en la bandera argentina, único indicio de que esta ciudad de cuero y caña que los araucanos levantan, desde hace siglos, cada día un poco más allá, ha sido convertida en una cárcel peregrina. Casi ninguna presencia humana. Sólo la sombra del fotógrafo, alargada por la luz rastrera del amanecer, adentrándose en lo que veo, una sombra que podría ser la mía excepto por el sombrerito de explorador; y, sentada delante de uno de los toldos, de pronto, una mujer. Es de la familia de Namuncurá: lo dicen -más que ninguna otra cosa- el pecho henchido y la frente alzada, como si aún sostuviera el pectoral y la tiara de plata que un administrativo ha de haber decomisado, según la costumbre, poco después de que estos últimos beligerantes depusieran las armas.

Hace un siglo, el tiempo que exigía una toma fotográfica era más extenso que cualquier paciencia. La nitidez con que van revelándose los rasgos de esta india, como cincelados en roca de la cordillera, sólo pueden deberse a una larga inmovilidad. Pero nada indica que esté posando para el fotógrafo.

Sus ojos, que no brillan sino por lo que reflejan, carecen de mirada. Las aletas de la nariz, las manos crispadas en las rodillas, denotan la misma extenuante atención con que, poco tiempo antes de una catástrofe, el paisaje espera. Cualquier tiempo pasado así es la misma eternidad, porque es la eternidad lo que se espía.

Pero los araucanos de las pampas, que solían fulminar con la mirada a sus enemigos, se replegaban resueltamente ante ese monstruo híbrido de cinco patas y larga trompa que era por entonces una cámara fotográfica, dador de una muerte a la que no sigue vida alguna; como los condenados al llegar a una prisión, eran obligados a comparecer ante el pelotón de tiradores que custodiaba a los fotógrafos (mientras esperaban inmóviles el estampido del magnesio) rehuyendo sutilmente la mirada (porque en la mirada está el alma) cimentando en el público de las ciudades una falsa fama de timidez o cobardía. La franqueza del rostro de esta india, enfrentado directamente a quien la mira, sólo pueden deberse a una razón: es ciega, y está mirando lo que oye. Quien no escucha no sabe ver, dice una canción araucana. Y yo, desandando el camino, miro la foto hasta que logro oír lo que ella escucha.

Más chirriante que el aullido del viento, más perentorio que el

golpeteo de los toldos, más perturbador que los quejidos y los cuchicheos de la tribu y el husmear de algún perro entre platos y ollas de latón, oigo el canto de otra mujer. La mujer que no aparece en la foto, canta con una voz irreflexiva, raída cruelmente por el uso como la de los locos que monologan para ahuyentar la soledad; pero no es una canción araucana, sino una canción de cuna cuya letra descifro apelando a mi propia memoria: yo mismo la aprendí de mi madre que la aprendió de mi abuela que la aprendió de su madre que la aprendió de su abuela. Cuando una mujer canta en la ciudad, convoca ese linaje secreto que nadie adivinaría... *Señora Santa Ana ¿por qué llora el niño? Por una manzana que se le ha perdido...* Cuando canta en el desierto, se deja atravesar por el alma de los que la rodean. La soledad del desierto, el miedo de los indios a los blancos, el miedo de ella blanca a los indios, y un odio, un odio casi insensato, todo eso canta por su voz. Todo, menos el chico que ella mece seguramente entre sus brazos. El silencio de ese niño expuesto a la intemperie me recuerda mi propio abandono de hijo cuya madre se muere en la ciudad. Entonces reparo en que debo cambiar la foto de cubeta; tomo el papel con las pinzas (tengo el terror disfrazado de asepsia) y lo hundo ahora en el líquido que detiene la revelación. Tanteo el espacio de lo oscuro, ubico una sillita enclenque y me derrumbo resignadamente, a esperar.

El efecto de todo un día de trabajo revelando placas -y llevo diez, ajeno a la rueda del sol y de la luna que gira en torno de mi casa, porque me han dado sólo un mes para sacar a luz el archivo polvoriento del Museo de La Plata-, se parece a la maldición que, según los araucanos, acarrea mirar un eclipse. Interponiéndose entre ti y todo lo que veas, llevarás tatuada la imagen del sol y de la luna en su cópula prohibida, y toda tu vida se alterará. Ahora, en la noche de mis párpados, yo sigo viendo la foto. La única diferencia es que el movimiento continuo de los líquidos con que trabajo y las voces que he llegado a oír dotan a esta imagen, también, de animación. Veo de nuevo a la india quieta, sentada frente al toldo, oigo como ella el canto de la cautiva blanca, pero tan pronto se oyen pasos presurosos que se acercan, ella vuelve violentamente la cabeza, y como si sólo entonces recordara que no puede ver, con un esfuerzo casi doloroso se pone en pie y apoyada en un bastón, espera. "¿Sos vos?", grita de pronto en medio de un silencio que nadie más se atrevería a romper, en una lengua que nunca recordé y ahora sé que he aprendido.

- "¿Namuncurá?"-

Aparece en cambio un indio joven, el torso desnudo, las botas de potro y las bombachas que les ha obligado a usar, seguramente, el ejército argentino: tiene la apostura de un centinela, pero también la dolorida urgencia del soldado derrotado que vigila sólo para evitar que sean los enemigos quienes se decidan a imponer control. Su autoridad es el resultado de una transacción. La autoridad de la india, en cambio, es el fruto de un antiquísimo saber, capaz de reconocer en el otro a un subalterno apenas por el ruido alarmado de de sus pasos.

- "¡Muchacho!"- dice, temblando de furia, señalando con su bastón hacia un toldo de donde proviene la voz de la cautiva. - "¿La oye? ¡Ha estado así toda la noche, zumbando sobre su cría, sin parar!"-. El muchacho no le responde, parece excedido, aterrorizado por sus gritos, y da unos pasos hacia atrás, como intentando huir.

- "¡Muchacho!"-, lo reconviene. - "¿No va a hacer nada TAM-PO-CO

USTED?"- Al fin, el muchacho musita: -"No, señora"-, como quien dice: es la ley.

Entre los araucanos de las pampas, dice el archivo, la ley prescribe que durante los primeros meses de vida del niño la madre sea aislada del resto de la tribu en un toldito cerrado y sea allí favorecida (salvo en el caso de la Machi, que es quien le lleva la comida) por la suposición de inexistencia. Durante ese período, y hasta mucho tiempo después, la madre habla al niño en una lengua distinta, que el resto de la tribu finge haber olvidado y frecuentemente olvida a fuerza de fingir. Esta lengua es para los indios nómadas lo más parecido a nuestra sedentaria noción de Patria. Que la cautiva blanca cante ahora para su niño, y que lo haga en una lengua distinta de la general, no quebranta en absoluto la ley, y nadie se atrevería a decir que la oye. Entonces, ¿de qué ley hablan?

"¿La ley?", replica la india indignada, pensando: "pero es su ley contra la mía." Y grita:

-¡Pero yo estoy desde antes...!-

Alguien, quizá un milico que vigila los límites del campamento, hace sonar un silbato como para advertir que el escándalo debe cesar, y el muchacho, vencido por el miedo, se acerca a la india e intenta sentarla de un empujón. -"Como quiera, cállese"- le grita, imitando la entonación de los vencedores; y aunque no consigue voltearla, sigue camino, y agrega: -"¿O quiere que de nuevo la vuelvan a castigar?"- La india, enfurecida, levanta amenazante su bastón: -"a mí, m'hijito, nadie me ha castigado"- . Hasta que al fin comprende que el muchacho ya está demasiado lejos y como para canalizar la furia de ser ciega (porque hace poco que es ciega, lo sé, y cada cosa que no ve la hiere como una afrenta) se pone a caminar por delante de su toldo, sobre dos piernas curvadas hacia afuera. La voz de la cautiva se levanta, casi alegre, casi cínica, y la india se lleva indignada las manos a los oídos, intentando librarse de esa tortura. *...Levántate Juana y encendé la vela y anda a ver quién anda por la cabecera...* El dolor del niño que escucha indefenso entre sus brazos, mucho más que el tormento de la india, me recuerda mi propia angustia de hijo cuya madre se muere en la ciudad, y siento que no puedo resistir. Abro los ojos a la oscuridad del laboratorio, veo el reloj que fosforece débilmente en la penumbra, una esfera diminuta y casi vacía en la inmensidad sin tiempo de lo imaginario. Faltan pocos minutos para que termine la revelación: vuelvo a tomar con pinzas el papel, lo hundo en la última cubeta tal como mi madre, en la ciudad, hunde sus últimos vestidos en el agua helada de la pileta. El recuerdo de sus manos artríticas, torturadas por el agua fría de este agosto, me devuelve a la imagen del cuerpo agitado de la ciega. Siento que al menos el sufrimiento de una mujer ya muerta, encerrado en el marco de una fotografía, es algo que podré entender. Y en efecto, sus movimientos ansiosos, su andar patizambo en la espera de que una nueva comitiva venga a castigar lo que no pudo reprimir el centinela, son las palabras que prosiguen contándome la historia.

Entre los araucanos de las pampas (cuenta la imagen), hay sólo dos causas posibles para esa deformación de las piernas, que las asemeja a dos paréntesis, y esas causas son opuestas. En los hombres, es la marca de años y años pasados a caballo, de la temible simbiosis que los vuelve, en la batalla, poderosos como centauros. En

las mujeres, en cambio, es apenas el producto de la operación que se inflige a las cautivas minutos después de su secuestro: para impedir que escapen, el hombre que la ha elegido le rebana minuciosamente la planta de los pies, y ellas, o bien se sumen en una melancolía terminal, o bien se obligan a aprender a caminar de este modo inconfundible, como si a la vez fueran extremadamente torpes y estuvieran a punto de despegarse de la tierra. Esta ciega, me digo, debe ser también una cautiva, y sin dudas mujer de Namuncurá, porque sólo ese lazo admite a una cautiva en la familia del cacique. Una esposa tan antigua, además, como para haber adquirido, pese a la invalidez, tanta destreza. Pero ¿cuál es esa ley anterior que ella invoca? ¿Un privilegio de primera esposa? ¿Una ley de ese otro pueblo indio al que pertenecía, seguramente vencido por la tribu de Namuncurá? Por fin se oyen los pasos enérgicos de una comitiva, las voces bajas y perentorias con que, por la noche, los jefes se acercan a calmar los últimos motines. La india se planta frente al toldo, artificiosamente rígida como la tropa a la que un jefe ha de pasar revista, como tomando fuerzas para cumplir con su papel. Y todo a su alrededor, por entre las aberturas que quedan entre las irregularidades del cuero del toldo, aparecen las cabezas temerosas de una docena de mujeres viejas, de jóvenes, de casi niñas. Ninguna tiene la osadía de la ciega, y no obstante, por alguna razón, así como todo silencio se define por los ruidos que lo enmarcan, se me hace claro que esta mujer las representa. Ahora sé que éste es el toldo de las esposas, y que quien se aproxima es el mismo cacique Namuncurá.

De pronto, la cautiva blanca canta aún más alto, como para competir con las indias en la atención de su amo... *María lavaba, San José tendía, y el niño lloraba del frío que hacía...y* los rostros de las mujeres se crispan en la misma mueca de rebelión. En los cuentos que cuentan los blancos, en los que formarán nuestra memoria, se habla profusamente sobre el desprecio suscitado por las cautivas blancas en las esposas indias, que pronto hacían del gineceo un centro de tortura. La explicación, invariablemente, son los celos. Si fuera un romántico, podría pensar que los celos son puramente amorosos y se fundan en la belleza de la piel blanca. En cambio, si fuera un naturalista, diría que las indias tienen celos de su educación, de esa delicadeza extrema que es prácticamente el único don reservado por la civilización a las mujeres. Pero estas mujeres que veo ahora, de físicos modelados por el propio trabajo, madres, tejedoras, hechiceras, y además, capaces de guerrear y de matar exactamente como sus hijos y sus maridos, ¿qué podrían envidiar a la mujer del enemigo? ¿Qué de una belleza blanca que, como la luna, sólo brilla por lo que refleja? ¿Qué de una formación que la deja mucho más a expensas de los dueños? En 1874, un estanciero acorralado por Namuncurá quiso salvarse de la masacre entregando a su hija; en 1881, Namuncurá mismo regaló sus dos primeras esposas blancas para demostrar buena voluntad con el general Levalle. Las blancas, pensarán las indias, son billetes. ¿Y qué les molesta entonces en esta mujer que canta? ¿Y quién será capaz de amar al hijo de esta mujer? Violentamente, los dos escuderos de Namuncurá entran en el cuadro de la fotografía y se colocan amenazantes uno a cada lado de la ciega: ella yergue aún más la cabeza, como si se dispusiera a recibir con

dignidad y desafío el castigo seguro. Y entonces dos voces de varón se aproximan, hablando en un castellano que todavía yo no puedo entender.

-¡Señor! -grita la vieja, adelantándose a la llegada del cacique, con la misma firmeza que habló al chico, sólo que asordinada de solemnidad. Y despavoridas como si hubieran oído un trueno, las mujeres se escabullen hacia adentro del toldo. No soportarían enfrentar, ni por una hermana, el célebre poder de Namuncurá.

Esto es todo lo que sé de él: dentro de quince años, cuando su último hijo sea llevado al Vaticano por la congregación salesiana como prueba irrefutable de su labor evangelizadora, alguien lo presentará así ante el Papa: es el hijo santo de Namuncurá, rey de un desierto grande como Italia y Francia unidas, y de las pesadillas de todos los cristianos han querido colonizar esas tierras. Sin embargo, cuando ahora veo entrar a Namuncurá en la foto, no es más que un viejo diminuto, enfundado a duras penas en el uniforme de coronel del Ejército Argentino que exigió (junto con una cuantiosa indemnización y la posibilidad de elegir el terreno donde morarán los pocos sobrevivientes de su tribu) como requisito para rendirse. La altivez de su rostro ancho que tanta crónica militar compara con el demonio, esa mirada de tigre que le ganaba incluso el terror de la soldadesca enemiga, ha dejado paso ahora a una mirada enramada por el dolor y por el hartazgo del dolor, y a unos movimientos violentos pero indecisos como el de un animal recién cautivo, vacilantes como el español en que habla, prescindiendo por primera vez de usar un lenguaraz. Quien viene a su lado, vistiendo un uniforme casi idéntico, es el mismísimo General Lorenzo Vintter, al que un vago malestar, muy probablemente físico, lo hace distraerse a cada rato de su acompañante; como si quisiera quedarse de una vez a solas con su úlcera. Después de oír tanto tiempo el araucano, este idioma de los jefes, que yo aprendí a hablar en la ciudad, siento en cambio que lo he olvidado, y tardo mucho en descifrar lo que dicen.

- "Señora"-, dice Namuncurá, sólo para advertirle de su presencia. -"¡Señor!"-, responde ella en araucano, y señala con su bastón hacia el lugar donde canta la cautiva. -"¿La oye? ¡Ha estado cantando así toda la noche, señor!"-

- "¿Qué dice?"-, pregunta Vintter a Namuncurá, con una molestia inconfundible: ahora que ya no mata indios, no sabe qué hacer con ellos. -"Ella es mi mujer, General"-, explica el cacique, con la voz baja que un blanco usaría para decir: es una loca. -"Quiso matar a mi hijo. Grita, porque desde entonces la culpa no la deja dormir"- .Sorprendido, Vintter pasa lista a todos los hijos de Namuncurá que cayeron en combate con los blancos, esos míticos capitanejos cuyo fusilamiento se festejaba puntualmente en Buenos Aires con una nueva botella de Saint-Émile, y se pregunta qué inimaginable rencilla de salvajes pudo haberlos enfrentado con esta vieja enclenque y alucinada. La ciega, aunque no comprenda el español, se sabe engañada de algún modo, y avanza unos pasos y blandiendo en alto su bastón.

- "Toda la noche así, señor, zumbando sobre su cría. ¡Robándome la noche, señor...! ¡Y aún no sé ni dónde iremos...!"-

Namuncurá la esquiva, escandalizado, como si el solo contacto físico de su esposa fuera capaz de revelar al jefe blanco una secreta

debilidad suya. Entonces ella se topa con el general Lorenzo Vintter, le palpa inquisidoramente el pecho uniformado y lo confunde con Namuncurá: galones y alamares barrocos recruzan por igual los uniformes de jefes y subordinados. Satisfecha, afirma en el piso su bastón y con la otra mano golpea suavemente el pecho, como quien llama a una puerta.

- "¿Por qué la deja vengarse de nosotros, mi señor?", dice la ciega. "¡Dónde ha quedado nuestra ley, Señor!". Pero como Lorenzo Vintter permanece inmóvil, y solo mira sonriendo al cacique como preguntándole qué debe hacer. Ella empieza a bajar resueltamente la mano hacia los cojones, el comienzo de un gesto que Lorenzo Vintter no puede siquiera imaginar, y que, de todos modos, la fusta de Namuncurá, escandalizado, intercepta violentamente, obligando a la ciega a soltar el bastón y a lanzar un grito lastimero que provoca, adentro del toldo, un alarmado cuchicheo de las esposas: ese grito es idéntico, me digo, al canto de la cautiva.

- "¡Deje de joder, perra...!"- grita el cacique, mirándola tambalearse como un trompo en el centro de su noche hasta que al fin logra aferrarse al parante del toldo. - "¡O quiere que la vuelva a castigar!"- Ella nada dice, el dolor es demasiado intenso como para permitirle la palabra, sólo frunce los párpados y el entrecejo repitiéndose, quizás, "a mi nadie me ha castigado, señor". Y el cacique le vuelve la espalda, como sellando un pacto, y los dos escuderos se retiran, pues ha pasado el peligro.

Lorenzo Vintter, con su sentido civilizado del pudor, hace rato que ha desviado la vista de la pareja, pensando quizás que el castigo de una esposa debe permanecer tan privado como el acto de embarazarla. Y ahora, con esa distancia científica que tanto tranquiliza al médico y al hombre de armas, repara en la deformidad idéntica en las piernas de la ciega y en las de Namuncurá: si alguno de sus hijos hubiera quedado vivo y fuera chueco, se dice, tomando nota para su propio cuaderno de campaña, no sabría si su deformidad es hereditaria, y en todo caso, no sabría de cuál de sus padres la heredó. Namuncurá llega a su lado, se cuadra haciendo entrechocar los talones de sus botas, y lo insta a partir, con la expresión tranquilizadora de quien por fin ha logrado poner orden. Se dispone... *Señora Santa Ana por qué llora el niño, por una manzana que se le ha perdido...* a salir de cuadro. La ciega, que se sabe derrotada y se cree ya sola, entonces se derrumba y se sienta en el piso. No se oye nada de las otras esposas. Sólo el canto de la blanca se eleva victorioso y de pronto el general Vintter, al oírlo, se detiene y entiende: el hijo de Namuncurá que quiso matar la ciega no es ninguno de los muertos, sino el hijo de esa blanca que canta en su toldito y que Vintter describe en su cuaderno como la mayor aberración, porque se negó furiosamente a que la liberaran. Un mismo horror me une a ese jefe, que detesto, y salto de la banqueta dispuesto a terminar con esta historia: tomo con los dedos el papel fotográfico de la última cubeta, y lo cuelgo de la cuerda que cruza la oscuridad del laboratorio tal como mi madre cuelga, en su patio en la ciudad, sus últimos vestidos. Gotas de agua caen de él y se estrellan contra el piso con un sonido antiguo, y hacen llegar del suelo un olor suave y tranquilizador; es el sonido con que siempre ha hablado el cielo, el que duerme a los niños y despierta a las semillas, y el que, en el breve período de oscuridad

que acompaña siempre al secado de las fotos, me susurra lentamente este final.

El mundo es agua (recuerda la india ciega, oyendo caer sus propias lágrimas sobre la tierra del desierto, ávida y reseca como la piel de un tambor) y quien aprende a ver el agua sabe que no hay pérdida completa. Nosotros somos agua, la misma agua estancada desde el alba hasta el anochecer, y todo lo que perdemos regresa siempre en otro estado: no hay muerte en este mundo a que no siga vida alguna.

Entre los araucanos de las pampas, los que pierden la vista vuelven a esa casa inconcebible que habitaba Dios antes de crear la luz y las tinieblas, antes de bifurcarse en la luna y el sol; y son ellos, los ciegos, los únicos que pueden volver a ver con los oídos, y ver más allá del desierto y del cielo, de las ciudades y el mar, hasta encontrar algún silencio en que decir, como Él en el primer día: aquí el hombre hará su casa. Cuando se rindió Namuncurá, cuando él pidió elegir el sitio de su derrota, las esposas susurraron a oídos de esta ciega: quédate despierta en esta noche, hermana vieja, cuando todo araucano duerme y el blanco carcelero se calla de pesar. Sal a la intemperie y oye hasta el final el silencio del mundo lo que nunca ninguno de los nuestros ha podido oír; y oye también al fondo de tu sangre, vieja ciega, allí donde aún hablan los muertos, allí donde un día estuvo Dios...! Y dínos dónde hay algún lugar en que esta noche sea nuestra.

En tiempo de los abuelos, se penaba con la muerte a quien velaba sin permiso en la noche del desierto, y aún a quien hablara en lugar de dormir, interfiriendo el diálogo del ciego con el inmenso vacío: era él quien decidía el rumbo a tomar el día siguiente. Y sin embargo, cuando ella entró en la primera noche como quien entra en su reino, y la cautiva blanca comenzó a cantar, a gritar hasta aturdira ¿por qué ya nadie se atrevió a callarla? "Solo un blanco puede pensar que está acunando" pensaba la ciega, batiéndose en medio de su voz como un pájaro en su jaula; "me ha apresado en su poder, que es el envés de su mutilación, y ¿por qué nadie la mata? ¡Si canta para perdernos en la noche...!

¡Canta, y está vengándose de mí...!"

Toda pena de ciego oye la oscuridad del tiempo, y ahora, mientras se aferra dolorosamente la mano castigada, el llanto de la ciega llora toda su historia. Ah, ¿cuándo comenzó verdaderamente la derrota? ¿Por qué se rindió su padre y la entregó a Namuncurá? ¿Por qué ella misma se rindió al cacique y le entregó seis hijos? ¿Por qué Namuncurá cedió al consejo de los curas y se rindió a Lorenzo Vintter, que le festejó con brindis la muerte de los seis? ¿Por qué puso todo el futuro de la tribu en el vientre blanco de esa perra cautiva? La ciega no tiene una respuesta, pero sí una imagen que cifra todas las preguntas, y a su espíritu cansado de sufrir le daría lo mismo suprimir una que otra: la imagen es ese niño mestizo que la cautiva acuna entre sus brazos, y sólo recordarlo indefenso entre sus manos la consuela. ¡Ah... aquel placer de ser la única esposa que se apiada y hurgar entre las piernas de la huinca, cuando ella gritaba y gritaba, a punto de parir! ¡Ah... aquella ira de cortar el cordón a dentelladas y de alzar por fin al niño como una victoria, como las cabezas de los indios

en la bayonetas de los soldados vencedores... y ese impulso de estrellarlo contra el suelo, como a los niños débiles, para que todos entendiesen...! Pero la perra huinca aulló a tiempo, y Namuncurá surgió desde la nada: arrancarle al niño de sus manos y patear las brasas de la hoguera para que le quemaran los ojos, fue todo un mismo movimiento. Las mujeres, mientras la ayudaban a curarla, lloraban y maldecían, como dispuestas a rebelarse, pero ella decía: no es un castigo, ahora veré, todos verán.

Pero si vieron (piensa ahora, escuchando el canto de la blanca como una victoria): ¿por qué me dejan sola? ¿Y por qué él dijo que me castigó?

La mañana avanza en el desierto con su deshilachada ventolera y sus ruidos menudos, ese lenguaje tan pobre que parece cifrar nuestra más íntima pobreza. Suena el clarín convocando a la tropa a seguir viaje. Lentamente, con una flojedad culposa que les procura, por primera vez, carecer de tareas domésticas, las mujeres salen del toldo rumbo al barracón donde los soldados reparten el mate cocido. Cada una con su jarro de loza, prefiguran sin saberlo a sus propios nietos que, ya abandonada la reservación, se echarán a mendigar por las ciudades de la Patagonia conquistada. Nunca han parecido tan hermanas y fingen, unánimemente, no escuchar ni a la cautiva blanca que parece presa de su propia obstinación y sigue cantando hasta mucho más tarde que las demás mañanas, ni a la ciega que llora con los ojos cerrados, temerosa que le pregunten si ha logrado vislumbrar adonde iremos y avergonzada de tener que decir: tampoco hoy, tampoco hoy. Como tras cada noche de vigilia inútil, la ciega siente en cada hueso que un infinito cansancio la disuelve, pero intuye que la batalla aún no ha terminado y trata de mantenerse en guardia hasta que la cautiva deje de cantar. Ya es pleno día: lo siente en el sol que le desentumece las manos.

Entre los araucanos de las pampas, cantar tiene siempre una función precisa: honrar al tótem, contar memorias, incitar al combate; pero ¿quién (se pregunta la ciega, impaciente y sin reparar en que, al irse las demás esposas, está quedando a solas con su enemiga) quién puede decirle para qué sigue cantando la cautiva ahora que su niño debería despertar... *La virgen, se está peinando entre cortina y cortina, los cabellos son de oro, el peine de plata fina...* Por un momento, la ciega supone que la otra sólo lo hace para proclamar ante los otros que también esta noche la ha vencido; pero de pronto, cuando por fin se sabe parte del mismo huevo de soledad comprende que canta sólo para ella, y alertada por el peligro, se interna cauta y desafiante en el canto de la otra, entra en él entre vaivén y vaivén de la voz enronquecida, y una misma actividad la hermana con el niño que ha querido matar. Imperceptiblemente, al atravesar así los umbrales del alma de la otra, la ciega misma se duerme una, dos, tres veces, y como acicateada, despierta una, dos, tres veces también, diciéndose por costumbre que si en verdad se perdiera ahora su pueblo ya no sabría adonde ir. Pero es muy difícil volver a la vigilia cuando ésta es sólo oscuridad, y un implacable sopor termina por derrumbarle la conciencia. En los arduos días de la guerra, el terror a los blancos no la dejaba dormir; ahora, en la noche de la otra, no puede concebir peor terror que el de dormirse. Si pudiera hablar, pedir auxilio, diría: una marea de canto me arrastra hacia altamar, o que se halla presa

en una telaraña hecha de voz y de vaivén... y la imagen de una araña blanca que espera al fondo de este sueño casi la despierta para siempre. Al fin, cuando su noche se vuelve igual a la casa adonde dios mismo ya nunca volverá, y esa casa se puebla sólo de ese canto incomprensible, la ciega oye, como sólo oyen los ciegos, hasta el fondo del corazón de la cautiva, sabe que fue para esto que ella se quedó entre los indios, y bajo sus pies se abre un abismo, un silencio tan profundo que nadie puede nombrar, y una a una, en derredor, caen todas las paredes del tiempo. Manotea torpemente, igual que cuando aprendía a volver a caminar, temiendo estrellarse contra el suelo, aterrada de lo que todos nosotros temimos: disolvernó para siempre en el amor, pero de nada le sirve. -¡Mamá... !-, dice por fin, sintiendo que una alegría feroz la quita para siempre el aliento, la alegría de una imagen que se libera de los marcos fúnebres de una fotografía, y oye a un tiempo la tierra de los muertos, y el corazón de los suyos..., y allá lejos, al fondo del futuro, siento que me ve también a mí. Espantado, me digo que quizás la noche que buscaban, ese silencio, ese vacío, ese papel en blanco, soy yo: con el aliento entrecortado, siento que una mano invisible me alza para que me vean los muertos, dispuesta a estrellarme contra el suelo, el mismo suelo en que fueron derrotados. Me aferro ridículamente a la banqueta y me pongo de pie de un salto, con la cruel decisión de quien detiene, fotografiando, el movimiento de una vida. Entonces me froto maquinalmente los ojos, me digo por primera vez que dejaré de trabajar en esto o el encierro me volverá loco, y me dispongo a archivar la imagen de hoy.

Me cuesta reconocer el espacio del laboratorio a oscuras y tanteo torpemente, con los brazos extendidos, como un ciego, en busca del interruptor de la luz. Durante un rato, sigue sonando en mi cabeza la canción de cuna de la cautiva, pero la callo de un modo extraño, pateando el piso, haciendo volar el polvo que algún día fue señores y señoras, diciéndome que debo dejar de delirar, de ver indios en mí, indios donde solo hay un silencio. Hago la luz con un ruido demasiado grande como para que no me tranquilice, luz que a estas horas del día están inundando las calles de Buenos Aires, la luz que hoy la ciencia hace llegar de la Araucanía. De la cuerda en que cuelga la foto casi seca caen aún unas últimas gotas de agua, que me servirían para cerrar un artículo si decidiera reseñar mi experiencia, si pudiera compararlas con el llanto. Pero me acerco, recuerdo que el día termina y mi madre me espera en la ciudad para una de nuestras últimas cenas, y el agua que gotea de la foto es como una vida que se va. La desabrocho, empuño el secador de pelo como quien empuña un Rémington, y mientras dirijo al papel el chorro de aire caliente, apenas si reconozco la imagen, como si viniera desde lo más profundo, pero también de lo más lejano de mi propia memoria. El desierto, las tolderías, la banderita, la sombra del fotógrafo que podría ser la mía si no fuera por el típico sombrero de explorador.

Salvo, la india, me digo, mirando hasta el fondo el toldo de las esposas. Salvo la ciega, que ya no está.